

## Patriotismo y nacionalismo en la obra de Larra

ANDRÉS DE BLAS GUERRERO  
*UNED*

**RESUMEN.**—Este trabajo pretende ilustrar a través de la obra de Larra el papel nuclear que el discurso nacional español ha jugado en el pensamiento y la práctica de la tradición liberal y liberal-democrática en España. Lejos de aparecer como un elemento subsidiario o de escasa presencia, el patriotismo y la lealtad al Estado y a la nación de los españoles se constituyó como un hilo conductor del pensamiento político desde el liberalismo gaditano hasta la IIª República. Los diferentes escritos de Fígaro que aluden a la cuestión nacional permiten desvelar algunas de las claves de sus convicciones patrióticas, elemento éste que se configura como una de las primeras y más importantes líneas de continuidad dentro de la cosmovisión política de Mariano José de Larra.

**ABSTRACT.**—The aim of this work is to illustrate, through the works of Larra, the central role played by Spanish national discourse in the thought and practice of the liberal and liberal-democratic tradition in Spain. Far from being scarce or secondary elements, patriotism and loyalty to the State and the Spanish nation became a principal theme in political thought from the liberalism of the Constitution of Cádiz to the Second Republic. The different writings of Fígaro that allude to the national question allow us to unveil some of the keys to his patriotic convictions, which is a element that forms one of the first and most important lines of continuity within the political cosmovision of Mariano José de Larra.

La aproximación del politólogo y del historiador político a la obra de Larra, aunque sea con objetivos tan concretos como los perseguidos en este artículo, se ve inevitablemente condicionada por el calado de la influencia de Fígaro en la historia cultural española y la notabilísima atención que ha merecido en nuestra crítica literaria. Por otro lado, y aunque bajo la óptica preferente de su «preocupación por España», el tema que ahora nos ocupa ha sido explorado una y otra vez por buena parte de los estudiosos y admiradores de la obra y la personalidad de nuestro autor.

Tendría sin duda mucho interés, pese a que se ha escrito ya sobre ello, pasar revista a la incidencia de los distintos momentos históricos y de los diferentes enfoques políticos en esta visión del españolismo de Larra. No es éste el camino, sin embargo, que ahora voy a seguir. Lo que en última instancia pretendo en estas líneas es ilustrar, con el recurso a Fígaro, la importancia decisiva que el discurso nacional español juega en el pensamiento y la práctica de nuestra tradición liberal y liberal-democrática.

I. El patriotismo y la lealtad al Estado y a la nación de los españoles, lejos de ser una débil película en la historia contemporánea de nuestro pensamiento político, pienso que constituye un auténtico hilo conductor de la reflexión española desde el liberalismo gaditano, por no hablar ahora de los precedentes ilustrados, a los hombres de la II República, pasando por las actitudes moderadas y progresistas de la primera mitad del siglo XIX, los entusiasmos revolucionarios del sexenio democrático, el republicanismo de la segunda mitad del siglo pasado y del primer tercio del XX y el conservadurismo y el liberalismo intramuros del régimen de la Restauración.

El aparente calado y la extensión del sentimiento nacional se compadecen mal con una imagen generalizada de falta de operatividad política de nuestro racionalismo a lo largo del siglo pasado. En la medida que este diagnóstico puede ser realista, pienso que resultaría sumamente arriesgado deducir del mismo la debilidad de aquél sentimiento. A la vista de la casi unánime actitud nacionalista y patriótica del pensamiento y de las élites políticas del liberalismo español, parece más razonable valorar la ausencia de una movilización nacional como muestra de una compartida seguridad en la solidez de una nación que, a diferencia de lo que ocurre con la planta política liberal, carece de impugnaciones significativas hasta entrado el siglo actual. En ausencia de acicates internos (construcción del Estado, desafíos de nacionalismos periféricos) o externos (serias empresas coloniales e imperiales, amenazas exteriores con posterioridad a la invasión napoleónica) en favor de esa movilización nacional, habrá que esperar al primer tercio del siglo XX para que las demandas de la modernización económica y social y la eclosión del catalanismo político ofrezcan argumentos convincentes para la dinamización de los sentimientos nacionales del grueso de los españoles.

La modernidad y la calidad literaria de un escritor de tantos y tan sobresalientes méritos como Larra, su valor emblemático dentro del romanticismo español (de «romanticismo hecho carne» calificaba Sánchez Estevan a su biografiado, sin ignorar por ello los innegables componentes ilustrados y clasicistas de su formación y de sus cosmovisión política), la coincidencia de su corta vida con el momento nada fácil de asentamiento del orden político liberal, son circunstancias que invitan a una lectura de su obra a la luz del interés por el nacionalismo.

Si es mucho el interés intrínseco de sus escritos sobre el particular, mayor puede resultar ese interés en tanto que reflejo del sentir español del momento. El reconocimiento de Larra como el escritor costumbrista y el periodista de mayor éxito de nuestras lecturas se ha debido, en importante medida, a su especial sensibilidad y capacidad para tomar el pulso a la sociedad que le tocó en suerte. Como escribió uno de sus más inteligentes estudiosos del pasado, J. R. Lomba y Pedraja, su conocimiento de España pudo no ser erudito, pero resultó siempre en extremo penetrante con la ayuda de su inigualable «vis dicendi». Aceptará el lector que ésta es una buena razón adicional para que el interesado en el nacionalismo español busque en su obra las referencias directas e indirectas a la cuestión.

II. En sus primeros momentos de escritor, cuando no está formada con claridad su futura personalidad política, poco antes de que —decía maliciosamente Mesonero Romanos— «... variando completamente de rumbo y entregándose al que marcaban los vientos recientes y su instinto» se decantara abiertamente por la causa del liberalismo, Larra manifiesta ya su hostilidad en relación a una actitud despectiva respecto a las cosas de Es-

pañía. Más allá de lo que puedan indicar algunas insinuaciones de su obra, parece evidente que no puede incluirse a Fígaro dentro de la cofradía de los deslumbrados por la vida francesa.

Bien por el contrario, y desde fecha temprana, se puede percibir en sus escritos la hostilidad hacia una enajenación extranjera, tal como se refleja, por ejemplo, en artículo tan de primera hora como «El café» (26-2-1828), cuando el narrador se pregunta sobre «... quién era aquel buen español tan amante de su patria, que dice que nunca hacemos nada bueno porque somos unos brutos (y efectivamente que lo debemos de ser, pues aguantamos esta clase de hipócritas)». Es una actitud perfectamente congruente con quien entonces cree ver a su país encarrilado por el camino del progreso y la modernización; un modo de ver las cosas en este momento que conecta con la observación de Mesonero Romanos y con las contradicciones iniciales del liberalismo de Larra que ha estudiado con particular detalle J. L. Varela.

En los artículos de finales de 1832 se mantiene en parecidas posiciones por lo que hace a su percepción de lo nacional. A la hora de enfrentarse a la obra de Ventura de la Vega, el patriotismo se convierte en fundamento de sus más sentidos elogios: «Con lágrimas de gozo recordamos circunstancia tan feliz: no perdamos las esperanzas de que un pueblo que conserva aún en tan alto grado su antiguo orgullo nacional vuelva a producir héroes y poetas» (26-12-1832). Sus consideraciones en torno a temas tan diversos como el teatro o la filología sirven de pretexto para inequívocas declaraciones de un patriotismo en el que, en ocasiones, no puede dejar de ver deformaciones y exageraciones claramente negativas.

Dentro de su crítica al «exceso de patriotismo», al patrioterismo ingenuo y satisfecho de amplios sectores de la opinión del momento, encajaría su justamente celebrado artículo «El castellano viejo»: «La vanidad le ha sorprendido casi siempre a toda o a la mejor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país». Y en la misma dirección van sus crípticas palabras de noviembre de 1832: «Nosotros, que creemos que el interés del hombre suele tener por desgracia alguna influencia en su modo de ver las cosas; nosotros, en fin, que no creemos en hipocresías de patriotismo, lo excusamos en alguna manera, y juzgamos que 'opinión' es moralmente sinónimo de 'situación'» («El casarse pronto y mal»). Pero incluso cuando escepticismo y melancolía parecen triunfar en su crítica a determinadas instituciones políticas y hábitos sociales, no puede Larra evitar la manifestación de una honda y dolorida conciencia nacional: «... al fin, concluye la 'Carta de Andrés Niporesas al Bachiller' de diciembre de 1832, es mi país, y tengo en eso fundada mi vanidad, aunque no hay motivo».

A lo largo de 1833 sigue manifestando su apego a un sentido patriótico de signo convencional: «¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos 'países modelos', para llegar al punto de ventaja en que se ha puesto!» («En este país», 30-4-1833). Es también el momento de la llamada en favor de un patriotismo optimista, cuidadoso de unas responsabilidades individuales que deben primar sobre las exigencias al Estado y la sociedad: «Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, escribe en el mismo artículo, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expansión del desaliento: ¡Cosas de España!, contribuya cada cual a las mejoras posibles».

Pocos días después, en el artículo «¿Qué dice usted? Que es otra cosa» (10-5-1833), insinúa una nueva línea de reflexión patriótica en que anticipa las actitudes críticas tan del gusto de sus admiradores finiseculares. En este artículo hay, en primer lugar, una aguda percepción, no carente de ironía crítica, sobre la capacidad del patriotismo para animar una autoestima colectiva al alcance de las clases populares: «Almas felices y patrióticas que han hallado el único medio posible de tener vanidad y creerse dichosos y superiores». En segundo lugar, es visible una constatación del calado de las diferencias entre los españoles que, por supuesto, no hace referencia a divisiones de tipo étnico o lingüístico; en tercer y último lugar, se expone claramente la defensa de un patriotismo crítico más adecuado al posterior discurrir de sus escritos: «... y si me oyen me han de llamar 'mal español', porque digo los abusos para que se corrijan, y porque deseo que llegue mi patria al grado de esplendor que cito. Aquí creen que sólo ama a su patria aquel que con vergonzoso silencio, o adulando la ignorancia popular, contribuye a la perpetuación del mal». Una idea que remacha en su «Conclusión» del mismo mes de mayo de 1833: «Los aduladores de los pueblos han sido siempre, como los aduladores de los grandes, sus más perjudiciales enemigos».

III. El Larra de 1834 es un lúdico observador del pasado y el presente de España, consciente de la importancia de la conciencia histórica como instrumento capaz de afianzar el sentido societario y comunitario de la nación; se refiere a ello en su comentario a la antología poética de J. M. Maury («Espagne poétique...», 24-4-1834) y aplaude también la sensibilidad al respecto de Martínez de la Rosa (30-3-1834): «Gran servicio hace a su patria indudablemente el hombre estudioso que desenterrando en las antiguas crónicas y leyendas los grandes hechos con que la ilustraron sus hijos, los ofrecen como modelos a la generación presente y a las venideras». Y aunque en un comentario crítico a «Vida de españoles célebres» de J. Quintana (9-4-1834) tiene interés en subrayar la pertenencia del escritor a una familia cultural que trasciende los límites nacionales, no deja de subrayar en este autor la gloria que su pluma es capaz de ofrecer a la patria.

Sus magistrales, al tiempo que crueles, sátiras del carlismo, tienden a orillar una cuestión nacional que reaparece, al compás de unas actitudes liberales más radicalizadas, en mayo de 1835. Es el momento en que explicita una notabilísima percepción del valor del nacionalismo como cemento capaz de garantizar la solidez del edificio social: «... lo que se llama en general la sociedad es una amalgama de mil sociedades colocadas en escalón, que sólo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reúne en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua común, y de lo que se llama entre los hombres patriotismo o nacionalismo» («El álbum», 3-5-1835).

El relativamente misterioso viaje al extranjero de 1835 es ocasión de unas interesantes manifestaciones en relación a su idea y sus sentimientos sobre España. Aunque no es el momento de abrir una digresión sobre las complejas relaciones entre nacionalismo y exilio en las letras españolas, creo que se puede dar por buena la inevitable propensión crítica que tiende a despertarse entre quienes, por unas razones u otras, se ven obligados al abandono de la patria. Es verdad que, en ocasiones, como escribió Lord Acton, el exilio puede ser la «nursery» del nacionalismo. Más frecuente me parece, sin embargo, por lo menos en el caso español, que ese exilio sea ocasión para el despertar de una comprensible actitud crítica, de un inevitable resentimiento, entre quienes ven transformarse a la madre patria en más o menos voluntaria e insensible madrastra.

El viaje de Larra en 1835 genera un cuadro descriptivo de Castilla de tonos noventa-yochistas en el que se echa de menos, sin embargo, la simpatía y la complicidad estética con el paisaje del grueso de los escritores de fin de siglo: «... Castilla en tanto se desarrollaba a mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega a los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en además de pedirle con qué cubrir sus mecilentas y desnudas carnes» («Las antigüedades de Mérida», 22-5-1835). Tras describir su sensación de ver la diligencia que le conduce a la frontera portuguesa como nuevo Arca de Noé, concluye con un lamento tan breve como desgarrador, que tanto ha conmovido a generaciones de sus lectores: «Ni habitaciones, ni pueblos, ¿Dónde está la España?».

Cuando poco después (19-7-1835) vuelva a relatar las impresiones de este viaje, Larra parece recordar la amargura de otras despedidas de España, un tema que, en su condición de hijo de afrancesado, no le podía ser indiferente. La profundidad de su emoción nacional le impide, lo confiesa con sentidas palabras, el recurso a la amargura y al resentimiento: «... tendí por la última vez la vista sobre la Extremadura española: mil recuerdos personales me asaltaron; una sonrisa de indignación y de desprecio quiso desplegar en mis labios, pero sentí oprimirse mi corazón, y una lágrima se asomó a mis ojos».

IV. Con alguna ironía celebra Fígaro los atractivos de la nación a la vuelta de su viaje: «Digan lo que quieran acerca de la superioridad de esos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia» (5-1-1836). Embarcado en su crítica a Mendizábal y en los inicios de su frustrada vocación parlamentaria a la sombra de la reacción moderada, Larra hace una de sus más rotundas declaraciones de devoción a la causa de la nación: «Si nosotros no conseguimos hacernos oír, nuestra sangre abrirá camino a nuestros hijos, y aquí no tratamos de hacer la felicidad de nosotros, míseros humanos que podemos vivir treinta años más o menos, sino de la nación, que no muere nunca». En sus aclaraciones al director de «El Español» en relación a su actitud respecto a Mendizábal e Istúriz, nuestro hombre vuelve a hacer del interés de la patria su principal criterio de referencia política. Una patria en que lamenta su división interna («Antony», 23-6-1836), aunque esa división, innecesario resulta decirlo por segunda vez, nada tenga que ver con inimaginables conflictos de signo cultural o nacional, sino con divisiones de preferente carácter clasista.

Sus interesantes reflexiones sobre la literatura española en «El Español» (18-1-1836) siguen poniendo de manifiesto la fuerza de una sensibilidad de signo nacional que se manifiesta otra vez rotundamente en su juicio sobre el «Panorama matritense» del «Curioso Parlante»: «... porque sinceramente creemos que es difícil estar animado de sentimientos de nacionalismo, y no hallar un placer indefinible en poseer una de las pocas producciones nacionales que hacen justicia a las dotes ventajosas que distinguen nuestro país y que más honran nuestra literatura moderna».

A la hora de juzgar las memorias del Príncipe de la Paz, es el patriotismo lo que otra vez despierta su simpatía (24-9-1836). Más explícito es todavía a la hora de pedir un protagonismo exterior para España que necesita del cultivo del orgullo nacional: «... ¡Ay del pueblo que no desgasta diariamente con su roce superior y violento los pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! O atraer, o ser atraído. Ley implacable de la naturaleza: o devorar, o ser devorado. Pueblos e individuos, o víctimas o verdugos» («Horas de invierno», 25-5-1836). Un modo de ver las cosas que solamente en parte se

compadece con la idea de «patriotismo sufriente», con el dolor de España, presente sin duda en otros momentos de su obra.

Aunque he centrado mi atención en aquellos escritos de Larra que aluden directamente a la cuestión patriótica y nacional, me ha parecido prudente llevar la indagación a otros aspectos de su obra relacionados de modo más o menos directo con la cuestión. He seguido la compleja relación del autor con la práctica y las ideas liberales desde el inicio de su carrera literaria hasta su muerte. He prestado atención también a la complejidad de su perfil psicológico y he examinado los componentes ideológicos y filosóficos que pueden subyacer a sus escritos más costumbristas y de mayor contenido literario. No he encontrado en estos terrenos rectificaciones o matizaciones de entidad a las alusiones directas a la cuestión nacional. Aunque Larra, lo han subrayado todos sus estudiosos, no es siempre autor de fácil interpretación, parece razonable concluir insistiendo en la solidez de sus convicciones patrióticas que constituyen, probablemente, una de las más clara línea de continuidad dentro de su cosmovisión política.

Mi impresión final es que la obra de Larra confirma el carácter natural y bien ambientado en la coyuntura social y política de un nacionalismo español en el que, ocasionalmente, él introdujo elementos de angustia y pesimismo propios de otros momentos de nuestra historia. La relativa novedad de estos elementos explicaría la tendencia a verlos como la genuina expresión de la idea de España en nuestro autor. Una interpretación que puede despistar acerca del anclaje de su nacionalismo en una reflexión liberal que acaso tiene, como se apuntaba al inicio de estas líneas, en su lealtad a la nación y a la patria españolas uno de sus más acusados rasgos políticos.

#### NOTA BIBLIOGRÁFICA

Todas las citas a la obra de Larra se corresponden a las que pueden ser hoy dos ediciones más significativas de sus escritos: *Obras de Mariano José de Larra* (Madrid: BAE, 1960, cuatro volúmenes. Estudio preliminar y edición al cuidado de C. Seco Serrano) y la más manejable edición de sus *Artículos* (Barcelona: Ediciones B, 1989. Estudio preliminar y edición al cuidado de A. Pérez Vidal). Alguna de las citas se corresponde a la edición facsímil de *El pobrecito hablador y otros escritos* (Madrid, Espasa Calpe, 1979. Prólogo y edición al cuidado de F. Umbral).

Además de estas ediciones de los escritos de Larra y las preparadas por L. Sánchez Ortiz (1967), J. E. Zúñiga (1967), J. Campos (1969), E. Correa Calderón (1976), F. Umbral (1979) y E. Rubio (1991), he tenido particularmente en cuenta los siguientes estudios y escritos sobre la obra y personalidad de Fígaro:

- Alborg, J. L.: *Historia de la literatura española*, tomo IV, Madrid, Gredos, 1980.
- Amell, A.: *La preocupación por España en Larra*, Madrid, Ed. Pliegos, 1990.
- Aymes, J. R.: *Las interpretaciones de la obra de M. J. de Larra*, en J. R. Rosemberg (ed.), *op. cit.*
- Azorín: *Rivas y Larra*, Madrid, Espasa Calpe, 1957 (primera edición de 1916).
- Benítez, R. (ed.): *Mariano José de Larra*, Madrid, Taurus, 1979. Recoge textos sobre Larra de L. Cernuda, L. de Sancllemente, R. de Mesonero Romanos, A. Lista, Azorín, R. de Maetzu, M. S. Oliver, M. de Unamuno, A. Machado, J. Bergamín, G. de Torre, R. Gómez de la Serna, J. Goytisolo, G. Fabra, J. R. Loma y Pedraja, F. C. Tarr, C. Seco Serrano, P. U. Ullman, J. Casaldueiro, A. Rumeu, W. S. Hendrix, A. S. Trueblood, Ch. de Mazade, R. Gullón, R. Teichmann, J. L. Varela, V. Cabrera, D. F. Sarmiento y F. Alvarez Arregui.

- Insula. Número semimonográfico sobre Larra con colaboraciones de R. Gullón, G. de la Torre, A. Romeu, A. del Hoyo, C. Seco Serrano, R. Marrast, D. Torres y F. Alvarez Arregui. Núms. 188-189, 1962. Parte importante de estos artículos está recogida en la antología de R. Benítez.
- Kirpatrick, S.: *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*, Madrid, Gredos, 1977.
- Lomba y Pedraja, J. R.: *Mariano José de Larra (Fígaro). Cuatro estudios que le abordan o le bordean*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1936.
- Mesonero Romanos, R.: *Memorias de un setentón*, Madrid, Tebas, 1975.
- Mateo del Peral, D.: «Larra y la lucha por la libertad de prensa», *Sistema*, núm. 12, 1972.
- Rosemberg, J. R. (ed.): *Resonancias románticas: evocaciones del romanticismo hispánico. En el sesquicentenario de la muerte de M. J. de Larra*, Madrid, Ed. J. Porrúa Turanzas, 1988.
- Ruiz Otín, D.: *Política y sociedad en el vocabulario de Larra*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.
- Sánchez Estevan, I.: *Mariano José de Larra (Fígaro). Ensayo biográfico redactado en presencia de numerosos antecedentes desconocidos y acompañado de un catálogo completo de sus obras*, Madrid, Ed. Hernando, 1994.
- Servodidio, J. V.: *Los artículos de M. J. de Larra: una crónica de cambio social*, Nueva York, E. Torres and Sons, 1976.
- Teichmann, R.: *Larra: sátira y ritual mágico*, Madrid, Playor, 1986.
- Umbral, F.: *Larra, anatomía de un dandy*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1976.
- Varela, J. L.: *Larra y España*, Madrid, Espasa Calpe, 1983.